

AÑO II

BUENOS AIRES, JUNIO 10 DE 1918

Nº 30

LA NOVELA SEMANAL



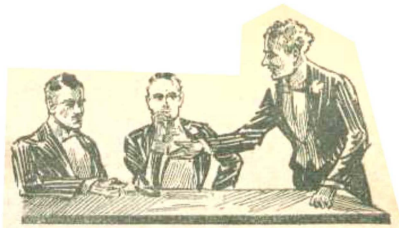
DORIOS

POR

CYRO DE AZEVEDO

PRECIO: 10 Centavos

Lo afirmo y lo afirmaré siempre



Porque es una convicción que tengo profundamente arraigada, que el poderoso fortalecedor de la sangre Hierro Nuxado es insustituible.

En millares de casos he comprobado los excelentes resultados que han derivado del uso del hierro nuxado en los enfermos de anemia, palidez extrema, debilidad orgánica, linfatismo, causalismo cerebral, extenuación y neurastenia. Siempre he hallado en este poderoso tónico un cooperador eficiente para obtener el completo restablecimiento de mis enfermos.

Y por si no es suficiente mi autoridad de médico experimentado, citaré ahora la opinión de ilustres colegas, que coinciden en un todo con mis asertos sobre tan importante cuestión.

El doctor King, en el discurso que pronunció el 27 de marzo del año pasado, en el Instituto Frenopático de Michigan, sobre las "Enfermedades cerebrales y su tratamiento más conveniente", dijo:

"Para vigorizar el cerebro y evitar ulteriores consecuencias, cuando se observan los primeros síntomas de una neurosis, es de suma urgencia administrar hierro a los enfermos, dosificado convenientemente y en forma que no afecte en absoluto las funciones digestivas. Con este tratamiento se evita que el mal tome incremento y se consigue así normalizar el funcionamiento cerebral, vigorizando al mismo tiempo el sistema nervioso y el organismo entero del paciente".

Y el doctor T. A. Wallace, director en jefe de la New-York City Clinic, dijo en otra ocasión: "He sujetado al hierro nu-

vado a una prueba imparcial y prolongada y he obtenido siempre resultados tan satisfactorios, en todos los casos para los cuales su uso está indicado, que he adoptado su tratamiento a multitud de enfermos, con todo plenamente en sus inmejorables cualidades. Gracias a ello son una infinidad los clientes que me están agradecidos por haberlos aliviado de graves dolencias."

Y si así se expresan esos eminentes médicos, cuya ciencia es de todos reconocida y ensalzada, justo es expresar nuestra admiración por el Hierro Nuxado, ya que a él deben su restablecimiento millares de personas cuyas fuerzas estaban agotadas y que han vuelto a adquirir vigor y energía poderosas.

Por estas razones, debe tomarse Hierro Nuxado en tabletas, porque en esta forma está cuidadosamente dosificado y en proporción tan exacta que el cuerpo recibe la cantidad precisa de regenerador que necesita.

Nota: El hierro nuxado que arriba recomiendan los doctores King y Wallace es una de las formas más modernas en que hoy día se prepara el hierro orgánico. En esta forma tiene las ventajas de que el organismo lo asimila con la mayor facilidad, de que no ennegrece la dentadura y de que no revuelve el estómago. Es un medicamento poderoso en casi todas las formas de indigestión, nerviosidad, anemia, desarreglos del hígado, pobreza de la sangre y otras enfermedades.

SE VENDE EN TODAS LAS BUENAS DROGUERIAS Y FARMACIAS

Único importador: LUIS F. MILANTA, Rivadavia 1255 — Buenos Aires

LA NOVELA SEMANAL

Administración: FLORIDA 243 - Buenos Aires — U. T. 946, Avenida
 Único Concesionario para la venta en la Capital Federal:
 LUIS B. GALVAN.

Agente en Montevideo: C. CHECHI, Canelones 990.

Agente en Rosario: CELEDONIO ECMAVE, San Lorenzo 1250.

Agente en La Plata: AGENCIA CARBONELL, calle 48, Núm. 638.

Agencia en Mar del Plata: Diario "La Capital", San Martín 2461.

Agente en Córdoba y Río 4.º: NICOLAS GULFO.

Aparece todos los lunes con una obra completa e interesante
 de los mejores escritores argentinos

PUBLICADAS

11. La evasión, de Benito Lynch (agotada), en reedición.
12. La ciudad del amor y de la muerte, de Julián de Charra.
13. El babé de Naranyana, de Carlos Muzzio Sáenz Peña.
14. Expiación, de J. L. Fernández de la Puente.
15. Un casamiento en el gran mundo, de Elsa Norton.
16. Pintón, de Julio Navarro Monzó.
17. Bobó, de Miguel R. Roquendo.
18. La Estada, de Julio del Romero Leyva.
19. En la senda, de Oscar Tarloy (Antonio Juliá Tolrá).
20. La voluptuosidad del poder, de Pedro Sponderguer, 1.ª parte (agot.)
 " " " " " 2.ª " "
 " " " " " 3.ª " "
21. El tul violeta, de la Sra. de R. de Orlandiz.
22. La degollación de los inocentes, de Attilio Chiappori.
23. El apóstol del Ayú, de Juan José de Solza Rolley.
24. Hecatombe, de César Carrizo.
25. El pozo de las murenas, de Pedro Angell.
26. La diva, del Marqués de Atela.
27. Hipódromo, de Mario Bravo.
28. La revelación, de José León Pagano.
29. El caballo de Carreola, de José de Maturana.

**Si el niño está enfermizo, malhumorado y febril,
 véale la lengua.**

Cuando esté estrenido o bilioso, dele el Jarabe de Higos
 "California".

¡Madre, mírele la lengua! Si está sucia, es una señal evidente de que el pequeño necesita una limpieza suave, pero eficaz de su estómago, hígado e intestinos.

Si el niño está malhumorado intranquilo, indiferente, pálido, no come, no duerme, ni se porta bien; o está febril, si tiene el estómago ácido, el aliento fétido, dolores de estómago, mal de garganta, diarrea, resfriados, dele una cucharadita del Jarabe de Higos "California", y en pocas horas desaparecerá de sus intestinos esa substancia estreñida, bilis ácida y comida no digerida, sin causar retortijones,

y el niño estará sano y contento otra vez.

No hay que instar al niño enfermo para que tome este "lasanta de fruta" inofensivo; ellos lo encuentran agradable al paladar y siempre los hace sentirse bien.

Pídale al boticario que le dé una botella del Jarabe de Higos "California", que contiene las direcciones impresas en cada botella, para los niños de todas las edades y para adultos. Cuidese bien no le den otros jarabes falsificados. Para estar seguro, siempre la genuina, con el nombre de "California Fig Syrup Company". No acepto ningún sustituto.

SI SUFRÍS TOMADLOS INMEDIATAMENTE

Cachets
FUCUS

Quitan el dolor de cabeza,
libran de los resfrios
y dominan la influenza.

La cajita de un cachet 0.25

EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERÍAS

DIRECCION:

MIGUEL SANS — ARMANDO DEL CASTILLO

Asesor literario, MIGUEL R. ROQUENDO

252-1

El lunes próximo se publicará

N.º 31 **La expulsión de los doctores**

NOVELA COLONIAL DEL SIGLO XVII, ESCRITA POR EL EXPERTO LITERATO
ENRIQUE RICHARD LAVALLE

DORIOS

POR

CYRO DE AZEVÊDO

CAP. Io.

Gabinete de trabajo; en la pared del fondo una gran estantería de roble encerado, atestada de libros encuadernados en pasta azul y verde obscuro.

En las paredes laterales, estantes bajos, menos orden, revelador de consultas más frecuentes; algunos libros en rústica dando la nota variada de los tonos alegres; arriba cuadros antiguos: un Ticiano de la primera época, obediente aún al influjo del Giorgione; un Franz-Hall vigoroso, pintado en pleno arrebatado de inspiración; un marco d'Oggiono con toda la coqueta dulzura, la magia pintoresca del gran Leonardo; un Quentín Matsys inestimable, de un realismo, expresión y superioridad técnica extraordinarios; una repetición del "Tornasol" de Van Dick, el cuadro confidencial que simboliza en la flor, la fortuna inconstante e ilusoria.

Frente a la puerta y junto a la ventana florentina que avanzaba sobre el jardín, el escritorio; en el semicírculo de la ventana, un sillón de resorte para leer casi acostado; un trípode de aluminio con bandejas de cristal, ceniceros, cajas de plata para cigarros y cigarrillos; en los vasos esbeltos que adornaban las rinconeras, flores y begonias. Pocos muebles: poltronas de cuero, cómodas para la conversación íntima y sin prisa; una gran mesa antigua de patas torneadas, excelente para la consulta de libros

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

La colección completa de este semanario estará a disposición del público dentro de breves días. Pídanla en los kioscos, estaciones del subterráneo y vendedores de diarios.

pesados; una grácil papelera con varias gavetas. Sobre ella un vaso de bronce, original y extraño por su forma torturada aparentando fragilidad, terminaba en una flor de esmalte traslúcido, de dibujo extravagante, de color luminoso y suave, resplandeciendo en el extremo de la rama nudosa que serpentea en espiral.

Una bella mujer desnuda, de cuerpo fino y elegante, con uno de los pies en el tronco del árbol, la pierna doblada en actitud de subir por la jarra que enlaza con uno de los brazos, mientras el otro está tendido con ademán de supremo esfuerso, procura llegar a la flor misteriosa que resplandece bien lejos de su alcance. La línea ondulada del cuerpo ansioso se marca dolorida a partir del pie, suelto en el aire al emprender la ascensión; en la pierna y en el muslo que parecen enflaquecidos por el forcejear de los nervios y los músculos; en el contorno del busto, pegado al vaso, aplastando uno de los senos; en el cuello tendido, en la cabeza levantada, en los labios entreabiertos por la anhelante respiración. Y todo revela fiebre sobresaltada, arranque de deseos, locura de la ambición voraz que lucha, que sufre, con la más intensa, la más prolongada de las angustias: la de alcanzar el ideal, encarnar el ensueño, apagar la sed inextinguible de ilusión que sacude a la humanidad en fluctuaciones de esperanza y desconsuelo.

Allí trabajaba Dorios: de la una a las cuatro entregado a la burocracia diplomática; por la mañana y sobre todo de noche, aprovechando la tregua de las ceremonias de la corte, — bailes y comidas frecuentes durante el invierno —, para estudiar los asuntos de importancia, escribir o recibir a los colegas y amigos más íntimos. Pero eran mucho más sabrosas las noches sin visitas, las veladas tranquilas, cuando su esposa lo acompañaba, ora bordando, ora cosiendo a la luz de la misma lámpara que le permitía leer el último libro de algún autor célebre, siempre que no urgía la tarea oficial, o llenar carillas componiendo la obra por publicar, desahogo de su talento de literato a pesar del formulismo y de las pesadas convenciones de su profesión; ora sentada en el brazo del sillón que él ocupaba, de allí pasando a colgarse del cuello, en un arranque de idilio, de la amorosa unión en que vivían desde hacía cinco años, luna de miel tan hermosa y tan serena como al principio del noviazgo.

Precisamente, lo que hacía más interesante aquel amor, determinando su solicitud cariñosa, su encanto siempre nuevo, era que, a la estimación, al cuasi respeto por la virtud y el carácter de la esposa, se unía la ternura, el deseo en todo su vigor y todo su hechizo.

Dorios quería a Lydia, conociendo la blandura de su genio alegre, su inteligencia clara, la ternura de sus sentimientos capaz de intenciones delicadas, de adivinaciones seductoras; pero amaba también con sensualidad a aquella hermosa joven de tan armoniosa gracia de ademanes y actitudes, que exhalaba cantos del cuerpo bien formado y sano, que poseía el sentido de la elegancia.

cia en el vestir, el arte ingenioso del adorno que realza la belleza; pero que ignoraba la coquetería dádiosa o provocativa, la tendencia a suscitar admiraciones, galanteos y elogios, disfraces de la lujuria masculina, tendencia reveladora de un afecto, forma indecisa o experta de la debilidad moral de la mujer. Y lo que completaba el idilio era la reciprocidad de afecto de Lydia por Darios, a quien se entregaba confiada, dándole el alma entera. Ni el uno ni el otro veían en el dominio del amor la servidumbre temida o repudiada, por los egoístas, por los vanidosos incurables, por los seres neutros, almas resbaladizas, inaptas para el afecto que exige dedicación y firmeza. Para aquellos dos enamorados, la convivencia no había traído consigo ni los desencantos, ni la hastiada saturación de la costumbre; la intimidad física y moral les iba enlazando más el uno al otro, facilitando la tolerancia hacia las ligeras diferencias de carácter, la observación de nuevas cualidades que parecían surgir día por día, conforme a las circunstancias de la vida, pequeñas expansiones que exteriorizan o definen al individuo.

Aquel amor era muy sabido en la corte y en el mundo diplomático. Al principio despertaba ironías, curiosidad indiscreta o prevenida; más tarde conquistó benévola aceptación, tal es el sencillo encanto del afecto sincero y bien educado. "La sogá tras el caldero",—decían al verlos, ya sin impertinencia ni envidia, sobre todo desde que la princesa de Blumenberg encontró de buen tono que se amasen.

El mundo, entretanto, ignoraba que ese amor era para Darios un consuelo y un refugio. Decepciones de la ambición, humillaciones de la pobreza dorada, todo lo olvidaba y borraba, y adormecía sus penas en la embriaguez del afecto.

*
* *

Creían quedarse solos aquella noche. El termómetro del lado de afuera de la ventana, indicaba 10 grados bajo cero; la nieve caía en remolinos, azotada por el viento, con ese prolongado susurro, semejante a un piar apagado y monótono, que el historiador griego definió, contando que hacia el lado del norte misterioso el aire estaba lleno de plumas.

— Su Excelencia el señor general de Monte-Raggio, — anunció el criado.

— Haga entrar aquí mismo al señor general.

— También yo estoy de huelga, amigo mío; sin invitación obligatoria para esta noche diabólica, vengo a pedirle un poco de conversación. Es muy aburrido quedarse solo en casa. Pero si tiene usted qué hacer, enciendo un cigarro, y me marchó!

— ¡No, general! Aquí tiene usted un cigarro, pero con la condición de quedarse el tiempo que quiera.

— ¡Qué es eso! ¿Romeo sin Julieta?

— Discúlpela usted, amigo mío: no está muy bien; dice que va sintiéndose pesada...

— ¡Bravo! otro heredero en perspectiva...

— Parece que sí, y no sé si es caso de felicitarle.

— No comprendo esa duda. Usted es joven, tiene fortuna; goza del mejor concepto, y todo hace creer que adelantará en la carrera en que ya ha revelado tantos méritos...

— Sé que tengo fama de rico, y a ello contribuye sin duda el arreglo lujoso de mi casa, mi pequeña colección de cuadros, el elegante modo de vestir de Lydia, y sobre todo, la famosa sarta de perlas que usa como collar, o en un solo hilo sosteniendo el abanico. Sé también que me consideran un predilecto de la suerte, una especie de hechizado, porque vivo sin desorden, sin deudas, sin privaciones aparentes. Por desgracia no es verdad; pero no puedo andar diciendo a todo el mundo que no tengo fortuna, que mis cuadros han sido adquiridos poco a poco aprovechando la casualidad de los remates, casi sacrificándome por satisfacer este gusto o si se quiere esta manía, olfateando la oportunidad, escudriñando colecciones la víspera de la venta, para descubrir la joya ignorada; y eso cuando era soltero, o cuando no había agotado casi todo el pequeño patrimonio con que entré en la carrera, para atender a los extraordinarios forzosos de la representación de mi cargo. No puedo propalar que mi país retribuye mal a sus diplomáticos, teniéndonos en cuenta de adornos caros. ¿Mis servicios? Nada valen, mi querido general, y nadie los conoce; nosotros trabajamos para la polilla, y el esfuerzo de nuestro espíritu y de nuestra dedicación, queda encarcelado en los archivos. Bien sabe usted cuán melindrosa es la política de un país pequeño, vecino de grandes potencias y que no puede independizarse de las ambiciones que se contrarían y se vigilan; país tradicionalmente monárquico, pero agitado por la evolución socialista, que suele llegar a influir en el gobierno. Pues bien, si nuestra política exterior sufre un ligero desconcierto, se tropieza con la menor dificultad; la marea del despecho y la censura, ahoga a los diplomáticos que debían haber previsto y evitado el accidente; si las cosas marchan tranquilamente, o la suerte nos economiza sinsabores, más de una vez se discute lo inútiles que somos, o por lo menos lo poco necesarios. No, general, no creo que sea un vicio exclusivamente nuestro. Es posible que exageremos, pero lo que nos sucede es una consecuencia de nuestra posición: nosotros, los diplomáticos, somos los centinelas de vanguardia, algunas veces perdidos, y so-

bre nosotros recae la responsabilidad inmediata de la sorpresa del rival o de la indiscreción del vecino. Lo más curioso es que esta fama de rico y de hombre feliz, no sólo constituye una dificultad aquí, obligándome a gastos, sino que también me ha perjudicado en mi país, donde se considera mi fortuna una compensación a las pretensiones en mi carrera, además de la obligación de llevar una existencia más aparatosa que la de los colegas pobres.

— ¡Pero ese es un raciocinio de Sganarello, de una ridiculez sin nombre!

— No, amigo mío, es genuinamente humano. Ya esperaba la pregunta. ¿Cómo quiere que abandone la diplomacia después de perder tantos años, sin fortuna y con familia que sostener? ¿Comenzar una vida nueva? ¿Volver a mi país como un naufrago o un inválido? ¡Sin duda! Pero usted tiene un pasado de gloria, pertenece a una jerarquía militar independiente de los caprichos de la suerte, y si aceptó esta embajada, no necesita de ella, puede retirarse cuando le parezca, y continuará siendo el garibaldino heroico que ha entrado vivo en la historia.

— ¡Entonces, esta carrera es una especie de presidio perpetuo!

— Casi, general. Pero es también, para los que están fuera, el espejismo, el lujo, la fiesta constante adornada con hermosas mujeres; el banquete opíparo, donde en los finos cristales de la mesa, alfombrada de flores, la gama deliciosa de los vinos caros regalan los ojos y provocan el ensueño de la sed; es también el brillo del uniforme, la garbosa fluctuación de las plumas del sombrero de gala; los salones de la corte, en que siempre sonrían las princesas resplandecientes de joyas, y en que los reyes inclinan la frente augusta, en galantes reverencias; la ventaja de frecuentar a la gente noble y al mismo tiempo de poder visitar el camarín de las bailarinas; de recibir indiferente las zalemas de los porteros galoneados, o la sonrisa humilde del empleado de aduana que va marcando con tiza y sin demora las maletas privilegiadas, sin desarreglar las camisas, arrugar los cuellos o profanar los calzones, con la bárbara violación del espionaje fiscal...

*
* *

Era la primera vez que Dorios desahogaba sus quejas, y en su tono irónico, en su ademán breve, indicaba su protesta contra la situación precaria, la conciencia de su aptitud para mejor destino. Y el general, que lo había conocido siempre discreto, alegre

sin exageración, pero también sin las muecas casi fúnebres de los que pretenden monopolizar la sensatez, pudo comprender aquel sufrimiento y aquella humillación revelados, admirando al propio tiempo el esfuerzo de aquel espíritu para aparentar bienestar y existencia descuidada, para no dar pasto ni al ridículo ni a la maledicencia. Pudo reconocer que el artificio, por naturaleza transitorio y fútil, se convierte a veces en hábito, en una necesidad vital de defensa extrema, en el interés de conjurar la derrota, en la lucha angustiosa de la vida mundana. Al volver a su casa en el carruaje calentado por la "bouillote", abrigándose las piernas en velluda manta, sintiendo caer la nieve densa e insistentemente en el techo del coupé, iba pensando que muchas veces son menos desdichados los lacayos que en los vestíbulos de los salones de fiesta espían la falsa alegría de los amos, y conocen las mezquinas intimidades de su existencia.

La conversación con el general había renovado el sufrimiento de Dorios, conduciéndolo a meditar sobre el futuro tan incierto y el pasado tan amargo.

Algún tiempo después de casado comenzó a punzarle una aprensión irritante a considerarse un vencido, un desaprovechado, en esa tortura de tener alas sin poder volar, en esa mezquindad del fingimiento, en esa antinomia irreductible entre su carácter altivo y franco, su afición al lujo, a todo cuanto la vida puede dar de artístico y de superior, y la vulgaridad común de la existencia precaria; temió que, en ese conflicto, su espíritu resbalase a la medianía que precede al desaliento, receló la degeneración íntima, algo larvado, indefinible, que afectara la inteligencia, la voluntad y el sentimiento. Recordando que podía tener hijos, lo asustó la idea de no poder engendrar seres fuertes, aptos para luchar y vencer. El amor lo alejaba sin duda de las preocupaciones deprimientes, dándole victoriosos arrebatos; ¿pero si la excitación nerviosa y sensual no modificase la impresión latente y profunda que constituía el sedimento de su espíritu? ¿Si el germen transmitiese el vicio del estado permanente, y no la fluctuación ilusoria de la fiebre momentánea? ¿Si de ese mismo contraste de elementos, resultase un ser desequilibrado, con la tara neurótica, resistente a la benéfica influencia de su Lydia...

Créesele el terrible suplicio de desear a la mujer con toda el ansia fogosa de la pasión, y de temer que su amor fructificase. No temía los defectos corporales, porque él y su esposa eran plantas vigorosas, de ascendientes bien constituidos y de savia robusta; pero le oprimía la desconfianza, de ese defecto menos tangible y más esencial, menos remediable; algo ingénito, la pequeñísima falla, la herrumbre que va corroyendo el alma, depravando el ser entero, y que significa el estigma indeleble del hombre degenerado e incompleto. Cuando nació el primer hijo, su querido Mario, blanco, rosado, regordete, Dorios espiaba ansioso las lentas manifestaciones de la primera infancia; más tarde le estudiaba las protuberancias del cráneo, la expresión de la mirada, el balbuceo de

la palabra indecisa. ¡Y con qué anhelo curioso seguía la evolución graciosa del despierto niño, que florecía suavemente, que llenaba la casa con la alegría comunicativa de la inocencia y de la gracia! Ya tenía tres años, — pensaba, — ya le había dado la impresión sabrosa de las primeras palabras arrevesadas, de una prosodia encantadora y fantástica, pero anunciando, con aquel balbucear, el primer gorgceo de la avecilla humana; vióle un día despegarse de la pared en que lo había recostado, y dar los primeros pasos, torpes, como si el piso fuera de algodón, vacilando, tendiendo los bracitos, equilibrándose más, atreviéndose por fin a avanzar solo, pisando mejor, como si se posesionara heroicamente de la tierra...

...De súbito, abriendo la puerta que daba a las habitaciones interiores, Lydia apareció inquieta, interrumpiendo su meditación:

— ¡Mario parece que tiene fiebre y está muy agitado!...

— No te asustes, querida; voy a hablar por teléfono, y el doctor vendrá inmediatamente. Anda, ve junto al nene, y no llores.

Poco rato después el célebre doctor Litz, el especialista más famoso, diagnosticaba una bronquitis capilar, complicada con congestión de los pulmones.

— Desearía aplicar yo mismo la primera dosis del medicamento; mi coche está a la puerta y puede usted enviar al criado a la farmacia. Si a pesar del remedio, no cediera la fiebre, sería necesario echar mano de las compresas de agua fría. No hay peligro, y es el medio más rápido de provocar un descenso de temperatura. Es preciso vigilar sin descanso al enfermo, y creo indispensable que se llame una enfermera. Disculpe, señora, vucencia se cansaría en poco tiempo e inútilmente, y su estado requiere cuidados también...

Todas aquellas precauciones del clínico les aumentó la angustia, y, en el curso de la enfermedad, la enfermera tuvo muchas veces que hacerlos alejar del cuarto, desocupado de muebles y cortinas, en que se había puesto al pequeñito que tan pronto comenzaba a pagar su tributo de dolor y de miseria. Dorios sofocaba su pena durante la lucha cotidiana contra la muerte, fingiendo serenidad para animar a la pobre madre, afligida, enervada, con los lindos ojos siempre llenos de lágrimas, que se asía de él como para pedirle la salud del niño, de su nene tan lindo y tan bueno! Cuando se veía obligado a salir, — esclavo de los convencionalismos que no le daban derecho de aislarse para sufrir, poniéndose la careta de hombre alegre para no perturbar las fiestas mundanas con la indiscreción de su tristeza, — volvía apresurado, temiendo una crisis, y ya de lejos se ponía a mirar la casa, como si las paredes pudieran indicar lo que pasaba allá, en el cuarto silencioso en que sufría el angelito; al subir la escalera, iba escuchando, estudiando todos los rumores, dominado por la preocupación del llanto o el grito lancinante de Lydia, que sería el anuncio de la desgracia. "Y este frío horrible, — pensaba, — este viento infernal que arremolina la nieve, y que puede entrar por el quicio de la ventana, por la rendija de la puerta; y esa enfermera

sería, celosa, ¿estará siempre alerta para el remedio?". Felizmente terminaba el invierno y el buen tiempo apresuraría la curación.

Durante la convalecencia se entristecía viendo a su nene tan flaquito y tan pálido, con el aire cansado y aburrido que sucede a las enfermedades graves, antes que el organismo pueda reaccionar y robustecerse, desquitándose del atraso forzoso. Continuaban los cuidados, parecíales que la salud tenía pereza; la inquietud perturbaba el criterio de análisis, la impaciencia del deseo provocaba decepciones; sospechaba que la muerte rondara por allí, a la espera, aguardando un descuido, para lanzarse de nuevo sobre la pobre criatura debilitada.

— Puede usted llevar al niño al jardín más próximo, — dijo el médico; — hágalo andar, deje que respire el aire libre, con tal de que a las cuatro esté ya de vuelta.

— Vamos, Lydia mía; yo también quiero tomar parte en el paseo. Hoy no se trabaja.

Un sol travieso de primavera inundaba la plaza-jardín, reverberando en el mármol de las estatuas que representaban diosas paganas; en el aire suave ondulaban perfumes, cantos sonoros que no se sabía si bajaban del cielo en el polvo de luz que vibraba por las calles, o si brotaban de la tierra con espasmo lúbrico, haciendo estremecer los árboles con el hervor de la savia y murmurar las hojas nuevas, de un verde claro, tierno y brillante, borbollando en las ramas, dilacerando la película de los retoños. El despertar de la naturaleza daba a los seres y las cosas un aspecto festivo; y la germinación potente que hervía en los campos, había invadido la ciudad, pareciendo brotar del asfalto, de las alamedas del jardín, de las fachadas de los palacios; tan fuerte era la impresión de verde que recibían los ojos, en la embriaguez luminosa de la resurrección de la tierra, que reventaba en flores, en suave grama que alfombraba los prados, en árboles que renacían impetuosos, estirando las ramas como brazos que se desperezan, y en que la arremetida de la savia hinchaba la cáscara formando be rrugas que parecían músculos, en bulbos que semiocultaban los frutos, en nudos que semejaban coyunturas, en que el esfuerzo y el calor del movimiento se acusaban en la transpiración de la resina. Sobre la cabeza de un león de mármol, dos gorriones se amaban piando nerviosos, agitando las alitas trémulas, y levantando el vuelo se perdían en la reverberación de luz que inundaba la ciudad; en plena plaza, un joven ciclista confesaba ternezas a una muchacha, sumergiendo la mirada en los ojos codiciados.

Estallidos de besos parecían escucharse en el espacio; la multitud que llenaba las calles andaba ágil, rumorosa, de una alegría tan espontánea, que se hubiera considerado natural que entonara canciones, y en vez de caminar comenzara a danzar por todas partes. En todo se notaba un resurgimiento de fuerzas, esperanzas y deseos, y tomados por aquella ola de vida, Lydia y Dorios miráronse a un tiempo y largamente, apartándose luego, avergonzados el uno del otro, sintiendo en el corazón un galope de san-

gre y en el cerebro un ardor de fiebre. Pasaban golondrinas, tocando casi la tierra al bajar el vuelo caprichoso, rayando el aire con el deslizamiento de sus alas curvas, y Mario, charlando sin cesar, abría las manecitas ávidas, siguiéndolas con mirada de desengaño.

El contagio de la alegría de la tierra y de los hombres, la salud del hijo, el paseo por el jardín lujuriente, el sol y el aire tan puros, todo saturaba el espíritu de Dorios, haciéndole olvidar aprensiones y penas; dejábase vivir sin reflexionar, contento y expansivo, como si un poco de aquella luz vibrante le hubiese entrado en el alma. Al influjo de aquella emoción, el día le pareció corto y sabroso, y al acostarse tarareaba el estribillo de una canción. Y soñó que era rico; muy rico. Tenía ante él montones de oro nuevo y brillante. Sumergiendo los brazos en las pilas de monedas, tirábalas al aire, y veía su lluvia fulmínea, caer en gotas redondas y sonoras.

Eran de todos los países, con la efigie de los reyes y el emblema de las repúblicas; águilas y soles, caras y escudos, rodando por el suelo, resplandeciendo en el aire, entrechocándose, partiendo en varias direcciones, corriendo derechos sobre la alfombra, hasta tropezar contra las paredes y quedar de plano, ora de cara, ora de cruz. Después, sintió que las monedas saltaban en ondas, e iban creciendo como ola monstruosa que se aproximaba enorme, capaz de ahogarlo, y tuvo miedo de la inundación dorada que brotaba del suelo. Su mirada extraviada veía águilas que arremetían hacia él, graznando airadas; soles fulgurantes le amenazaban; caras de soberanos rechinaban los dientes o lanzaban irónicas carcajadas; los San Jorge de las libras esterlinas, agigantados y coléricos, enristraban las lanzas contra su pecho, y los dragones, libres, abrían sus monstruosas fauces, agitando las lenguas bipartidas. Calmóse luego la furia insana, y las monedas se balanceaban dulcemente; sonreían las fisonomías reales como en fiesta de la corte, y sólo oía el repiqueteo del oro que resbalaba de los montones, ofreciéndose a su codicia, yendo a llenarle las manos, llevándole placeres, comodidad, alegría de vivir independiente...

Lydia se despertó, y al verlo agitado, moviendo los brazos como quien agarra, amontona y guarda, se asustó. Umiendo el tibio cuerpo al cuerpo de Dorios, enlazóle el cuello con los brazos amorosos, preguntando inquieta:

— ¿Qué tienes, qué te aflige?

Al sentir, soñoliento todavía, la oferta de tan dulce caricia, Dorios no discernía bien si continuaba soñando, o si la sabrosa realidad era apenas la confirmación del sueño venturoso. Volviendo un poco la cabeza, encontró la carne perfumada y elástica de un seno, y despertó al estallido de sus propios besos.

Días más tarde, el gran médico envió su cuenta. De la pluma sin escrúpulos — pues se trataba de un cliente rico, de un diplomático, y el caso fué grave, — se había desprendido una cifra enorme para el pobre Dorios, que no sabía cómo satisfacer el compromiso. En los mezquinos emolumentos no había que pensar, pues apenas bastaban para los gastos ordinarios, y eso por un prodigio de equilibrio, teniendo su Lydia, muchas veces, el difícil trabajo de encontrar la costurera modesta que le renovara los trajes, cambiando los adornos, modernizando la saya, abullonando las mangas con gasas, según la moda de la estación, para poder figurar en los salones, aparentando ostentar "toilettes" nuevas.

— Ahí tienes mi sarta de perlas.

— No es posible, querida; además de ser una joya de familia, es muy conocida, muy envidiada y notarían su falta.

— Pues, vende mis solitarios.

— ¿Mi regalo de bodas? No hija, no; tus joyas están vinculadas a tu persona y a nuestra posición; no tienes derecho de disponer de ese adorno.

— ¿Pero de dónde vas a sacar dinero?

Dorios sintió un vacío inmenso y oscuro, al que parecía rodar y en el que iba a perderse su espíritu. Luego, cuando le volvió la sensación del mundo exterior, vióse rodeado por el lujo de su casa, la riqueza de sus cuadros, la fortuna representada por sus libros, y comprendió que todo aquello era ilusorio, porque era inútil en ese momento. Pero no podía demorar el pago. ¡Qué se diría si se supiera que el gran médico, tan bien relacionado, tan célebre, esperaba aún el dinero que representaba el precio de una vida! Tendría que recurrir a algún amigo, íntimo y discreto; crear la servidumbre del préstamo, la vergüenza de pedir sin plazo seguro; de disfrazar la necesidad, para no descubrir la miserable contingencia. Tal era la situación que lo acobardaba, que lastimaba su orgullo, que destruía la esperanza, que daba a la existencia el aspecto brutal y agresor de un castigo y de una desgracia sin remedio ni consuelo.

Pero la necesidad irresistible pareció asirlo de los hombros, y lo fué empujando, arrastrando, dominando sus escrúpulos, murmurando atenuantes, seduciéndolo, mareándolo, obligándolo al acto.

.....

El nacimiento de su Olga, en la casita modesta de la aldehuela bávara, donde fué a pasar el verano, dulcificóle el sufrimiento, con esa inconsciente expansión de alegría que lo aislaba del mundo. Cuando volvió el invierno, renacieron las preocupaciones. Ya tenía dos hijos, y la lucha de sacrificios debía necesariamente ser mayor. Revivieron las angustias, renació la desconfianza de que los frutos de su amor llegasen a padecer de una degeneración moral, contaminados en embrión por la excitación nerviosa, la especie de diátesis depmemente que se había introducido en su alma y vivía de su vida. Renovóse el espionaje del padre inquieto, quien no podía

vencer la preocupación dolorosa y temía que ésta fuese ya un síntoma de neurosis, pues desconfiar del equilibrio de los hijos era reconocerse desequilibrado y enfermo. Resolvió conjurar aquella amenaza, destruir la punzante sensación del contraste entre la apariencia afortunada, la figuración brillante, la comedia del bienestar, y la realidad de las privaciones y el fingimiento cotidiano. Y aprovechando una circunstancia fortuita, — la entrada de un amigo en el gobierno de su país, — obtuvo su cambio a un puesto en que la vida era barata y la sociedad sin exigencias dispendiosas. Sacrificaba la posición y la fama, dejaba una gran potencia, centro de la política internacional, pero evitaba el dolor, el combate de todos los días, la humillación permanente, la vorágine de la deuda.

*
* * *

Era un sábado, y, de las cuatro a las seis, el elegante palacete de la princesa de Thalschoffen, la gran dama propietaria de vastas tierras en Silesia, hormigueaba de visitas. Doblando el jardín de la plaza, al final de la célebre alameda de tilos, los carruajes entraban por la puerta de honor y seguían hasta la tapizada escalinata, en que se alineaban los criados reverentes, ostentando la librea azul y oro, tradicional en aquella familia de antigua y gloriosa estirpe. El aire entibiado y resonante, se henchía con la música de los trajes femeninos; crujir de gros, arrastrar perezoso de terciopelos, crespo rozamiento de sedas, fru-fru de sayas satinadas; al subir o bajar por las amplias gradas, movíanse coquetas y atrevidas las plumas y resplandecían los estrás de las hebillas de los ricos sombreros. En el ancho vestíbulo, criadas de delantal blanco sobre vestido negro y cofia de encaje, cuidaban del guardarropa, donde las señoras, con repentino movimiento de hombros, desprendíanse de las blandas pieles, o se envolvían en ellas, temerosas de la nieve que plateaba las calles. A la puerta del salón, todo blanco y oro, en que flameaba la chimenea colosal, célebre por las cariátides modeladas por Houdon, el criado atildado y solemne anunciaba los visitantes. Alrededor de la princesa hervía un momento la onda, esparciéndose después por toda la sala.

La remoción de Dorios era el acontecimiento del día, y en todos los grupos, la noticia inesperada despertaba curiosidad inocente, comentarios perversos, interés amistoso o sorpresa jovial de la envidia satisfecha.

DORIOS

— No comprendo, — decía un embajador — ese acto del gobierno de Dorios, desde que éste era persona grata a la corte.

— ¡Quien sabe!, — dijo maliciosamente la condesa Helmutz, — ¡quién sabe si, a pesar de los años de práctica, alguna equivocación de oficio, algún descuido no lo obligan a dejar este importante puesto!

— Consta que el cambio se hace de acuerdo con el removido.

— Siendo así, — observó la palanquina, — esa partida es casi romántica, es un abandono del mundo, pues según dicen, la nueva legación es una ratonera, una caverna de ermitaño, donde se ha refugiado un gobierno... ¿Y qué hará Lydia con su famoso collar de perlas, en aquella tierra sin bailes ni recepciones? A lo que parece, aquella sociedad se divierte en aburrirse.

— Dorios no ignora nada de eso, condesa, y la prueba es que remata sus muebles y la mayor parte de sus cuadros.

— ¡Vaya! La diplomacia sin lujo, sin fiestas suntuosas, sin la ocupación del placer en una infracción a la buena norma. Cada profesión tiene sus exigencias...

— ¡Perdón, condesa!, el diplomático no es un muñeco de fuegos artificiales; es una fuerza y un tacto. El lujo, el aparato, la fiesta, la apariencia despreocupada, son medios o disfraces de que aprovecha. Es menester acabar con ese preconcepto de la inutilidad o de la mogiganga, y puede usted creer que somos hombres como los demás!

— Pues bien. Iremos todos al remate de Dorios, ¿no es verdad, general?

— Permítame usted que le advierta, querida condesa, que Lydia no vende las perlas...

— Ahí llega usted muy a propósito, barón — dijo la princesa. — ¿Qué le parece la retirada de Dorios? ¿Qué tal es el nuevo puesto?

— Es una gran aldea, en que un diablo travieso plantó dos o tres palacios mohosos, y sembró chismes; es el "record" del aburrimiento. Cuando salí de allí ya se hablaba de la llegada del nuevo diplomático, y corrían rumores de que se le daba así un castigo disciplinario. Lo más curioso es que los hijos del país están indignados con la clasificación de ciudad de destierro que resulta de la transferencia. ¡Imagínese usted, princesa, la rabia, el orgullo despedido del campesino que odia los grandes centros!...

— ¡Pobre Dorios!... — exclamó la princesa.

CAP. IIo.

¡Quién hubiera podido decir a Lydia, que tan lejos de su patria y así, sin parientes ni amigos, padecería el inmenso dolor que la sumió en la amargura durante los pocos años restantes de su existencia!

Ni pudo acostumbrarse a la vida exótica del Extremo Oriente, de la capital misteriosa, a donde su Dorios había sido enviado en una ciudad tan grande, pero al mismo tiempo tan calmada, sin en misión de confianza y con ascenso. Ese hormiguar de pueblo alegría bulliciosa, sin fiestas a lo occidental; el encierro en el edificio de la legación, en un barrio privilegiado, especie de una zona excomulgada a donde los hijos del país no se aventuraban por temor a las tropas europeas, todo le parecía tan tan nuevo y tan hostil, que la pobre exilada vivía inquieta, bien que sin causa determinada. Ni pudo distraerla la visita al palacio imperial, la recepción de la emperatriz viuda, desde que habiendo motivado negociaciones prolongadas, en esa lucha contra la astucia pasiva de los mongoles, llegara a parecerle casi un milagro, un suceso imprevisto más bien para asustar.

Además, ella sentía que el marido disfrazaba contrariedades, con ese aire vagamente agresivo de quien resiste al desaliento, de quien se encara con peligros no definidos; esa actitud de reacción orgullosa de tensión continua, propias del espíritu enérgico conturbado por aprensiones y celos que irritan y avergüenzan. Notaba la inconstancia de sus expansiones cariñosas, halagando los hijos de paso, y sin interés, luego besando nerviosamente sus cabecitas adorables, como si temiera perderlos o pareciera despedirse.

La intuición amorosa de Lydia adivinaba la fluctuación subjetiva, malgrado el esfuerzo de la voluntad en simular el estado común de equilibrio. Dorios soportaba un crisis tanto más intensa, cuanto que su inteligencia y su sentimiento desaprobaban la misión que llenaba en obediencia a su gobierno.

Invocando el servicio de su transferencia de la importante capital europea, en donde la carestía de la vida ostentosa le hacía sufrir humillaciones y angustias, el mismo ministro amigo casi lo obligó a aceptar la legación en Oriente, creándole la expectativa de un triunfo:

"No te conviene ese vivir apagado de las misiones ordinarias, — decía en carta íntima. — No ignoras que, según nuestra manera de pensar, el diplomático sólo se puede recomendar por una especie de hecho de guerra, pues tal es la actuación brillante que circunstancias extraordinarias pueden permitir. La continuidad de la residencia en los puestos, amengua el esfuerzo, y el mérito se pierde desconocido o vulgarizado por la falsa idea de que tu profesión se caracteriza por el goce perenne y el ocio frailesco. Parlamento y gobierno, todos pensamos en el Asia, acompañando el avance europeo de irradiación de la influencia política. Aprovecha la marea, gana la batalla, y tendrás la gloria cortesana y compensativa. Además de eso, tengo necesidad de tu persona y hago cuestión de amistad".

La idea de ser útil a su patria, saliendo de ese casi anonimato de que sufren los exilados oficiales, tan olvidados en la tierra

natal en razón de la larga ausencia, le hizo aceptar luego el nuevo puesto, bien que sintiera dejar la modesta capital a donde recuperara la serenidad de espíritu, la ponderación del carácter, perturbada por la existencia enervante de fiestas y representaciones tan superiores a sus recursos pecuniarios. Al menos allí, en la ciudad rodeada de llanuras doradas por los trigales opulentos, manchadas del verde obscuro de las florestas, con sus aldeas pintorescas, tenía casi a la mano el consuelo de la naturaleza; el encanto que poco a poco apacigua los nervios, provoca emociones de calma, sorpresas ingenuas del lirismo que todos poseen más o menos vibrante, y que dispierta el aire libre de los campos, y se inspira en la variedad hermosa de los aspectos del cielo y de los árboles, ora radiantes de luz, ora esfumados en sombra sutil derramándose sobre el caserío y los sembrados.

Saliendo de la ciudad, del lado opuesto al barrio de las fábricas, a poco caminar, se entraba en las campiñas cultivadas o veía los fértiles pomares, cerca de la estrada.

Si alargaba el paso, tenía la penumbra suave de los pinares susurrantes, y cerca de los canales o de los arroyuelos, el colorido vivo y el perfume de las flores silvestres. De un lado acurrucábanse las casas rústicas de techos inclinados para que la nieve del invierno se deslizase fácilmente; adelante, erguíanse los molinos antiguos de grandes aspas cuya silueta melancólica se alargaba sobre el campo apresurando la noche, cuando el poniente se hundía en el horizonte esfumando una nube de oro y púrpura.

Tan relativa es la felicidad y tan sensible muchas veces el influjo de las circunstancias, que Lydia y Dorios llegaron a estimar la ciudad mediocre y los campos tranquilos que le habían dado reposo al alma inquieta. En los momentos de partir, se dejaron dominar por la pena que precede a cualquier cambio de hábitos de un lugar a donde se ha vivido algún tiempo, esa impresión de tristeza casi miedosa que borra los males pasados y resucita las horas de placer, como si el espíritu, al recordar venturas, tentase un previo consuelo para combatir las aprensiones del futuro incierto. En esa impresión que apagaba el recuerdo de las contrariedades propias de la vida estrecha de la pequeña ciudad, adonde la intriga y el espionaje recíproco servían de entretenimiento principal.

Sobre todo los primeros tiempos, la situación les parecía angustiosa, pues eran la novedad, la charada que enconaba la malicia curiosa.

¡Cómo eran expresivas las miradas de las señoras, estudiando a la pobre Lydia! ¡Cómo se fijaban en su cara para conocer si la frescura del cutis era natural o un engaño de la pintura! ¡Cómo escudriñaban la pequeña sombra de los párpados, el espacio entre la oreja y el cabello, la línea de la nuca, para verificar si la diferencia de color revelaba el artificio! ¡Con qué interés examinaban las alhajas y cómo parecían palpar su vestido para descubrir el precio del género, o si por la hechura y los adornos saliera de una

gran casa, o era tan sólo la copia de un modelo, arreglado por una costurera modesta, de esas que viven lejos del centro! ¡Y el aire desconfiado de quien temé las bromas, el tono humilde de las preguntas hábiles, con el objeto de conocer el pasado de esos extranjeros, si practicaban la religión, qué gustos tendrían, si estaban acostumbrados a la alta sociedad y si pensaban dar fiestas! La táctica extraordinaria que debían emplear, los "nuevos" como ellos, para ser soportados en aquel mundo chiquito, sin herir los preconceptos, las manías y las costumbres tan especiales!

Al principio les parecía que patinaban sobre el hielo aun poco resistente, en el cual es preciso andar despacio, tanteando, pues la menor precipitación rompe la delgada corteza que encubre el abismo frío que mata. Pero, con el correr del tiempo ya no los asustaban esos peligros de aldea, pues habían conseguido las simpatías del grupo reaccionario y las del mundo oficial más tolerante. Por eso, al intentar el largo viaje, tanto más impresionante cuanto jamás habían salido de Europa, tenían pena, bien que en Dorios dominase la curiosidad de conocer de cerca una raza y un país exótico, de los cuales tenía la noticia incompleta de los libros, tantas veces contradictorios, según la sinceridad o la embriaguez de la fantasía de los escritores viajeros.

No tardó en verificar que se había equivocado al asumir la dirección de un puesto tan delicado, a donde la suerte, más que cualquier esfuerzo, sería la causa determinante de la victoria diplomática.

En poco tiempo se convenció de la ilusión política de su gobierno, cediendo al preconcepto occidental de la irremediable inferioridad étnica de los pueblos asiáticos, arrastrado por la fantasía de figurar en el concierto de las grandes potencias, en esa cruzada tendiente a cristianizar el mundo y constituir al mismo tiempo núcleos de servidumbre comercial. Temía los males de ese sistema de cultura social extensiva que, en su patria, solamente podría dispersar e inutilizar fuerzas; que produce la manía colectiva de la influencia grandiosa, de la ostentación bélica que desvirtúa la selección nacional en el sacrificio de los mejores, de los más atrevidos o los más resistentes, y aumenta los compromisos de los presupuestos en déficit. ¿Por qué no evitar el contagio de ese arranque fantástico que desequilibra los pueblos, resucitando el espejismo de la conquista en tierras lejanas y la doctrina del odio del desprecio de una parte del mundo contra la otra porción de la humanidad?

Dorios no aceptaba la opinión corriente de la superioridad fisiológica absoluta de unas razas sobre las otras, por conocer que no existen razas puras desde que todas sufren del mestizaje histórico determinado por infiltraciones repetidas, por la guerra y la conquista. Dudaba de esa perfección intangible que algunos grupos se atribuyen en un momento de su existencia, cuando se creen fuertes o se presumen más civilizados, olvidando que aún la circunstancia de una victoria o la realización de una conquista, no expresa la inferioridad orgánica del vencido, pues su elemento étnico puede resistir y vengar más tarde la afrenta, o mezclarse al del dominador y modelarlo, modificarlo, y poco a poco vencerlo en esa lucha menos ocasional del cruzamiento.

No ignoraba cuánto es instable y difícil la demarcación estricta entre "dolicoideos" y "braquicéfalos", rubios y morenos, con la distribución arbitraria de elementos "eugénicos", en ese mosaico de "subdolicoideos", mesaticéfalos" y variantes intermedias; en los tipos clásicos del "Europeus", del "Alpinus", del hombre "Afer", por ejemplo, reconocía el mismo preconcepto clasificador que especifica los temperamentos sanguíneo, bilioso y nervioso, sin que de ahí resulte la existencia concreta o aislada de esas entidades fisiológicas. No olvidaba asimismo, que hasta hace poco la ciencia basada en documentos, localizaba en Oriente los orígenes de la civilización universal, al paso que hoy el aluvión de nuevas teorías igualmente documentadas, sirviéndose de inscripciones y analogías lingüísticas, transporta esos albores al Occidente, de donde en lejanos tiempos, se dice, habría emigrado la raza del Norte para conquistar y civilizar los viejos pueblos de Asia y Africa. Y concluía que en el conflicto de ésta y de las anteriores verdades, lo que había aún de más cierto era la duda.

En las alternativas del dominio efectivo de los pueblos, dislocándose, creciendo o bajando en el ondular inmenso de la familia humana, en su caminar bajo ráfagas de ideas, de supersticiones, de dudas del odio, de engaños soberbios y de amor, él no reconocía tan sólo la ley del ciclo explotada por los fuertes, al encerrar los destinos de los débiles en la forma de una fatalidad de exterminio. La historia, en sus representaciones seculares, le enseñaba el fenómeno social de luz y sombra, vulgar en el mundo físico; y de esa concepción de solidaridad en el mal como en el bien, en la melancolía de un crepúsculo, o en el gorgéo luminoso de una aurora, resultaba su amor por todos los hombres. Su descreencia en el progreso absoluto y en la aventura final, en vez de amargarse en odio o desprecio, se modelaba en ternura.

La destrucción irremediable a que están condenados los individuos, los pueblos, las razas y aun las tierras que éstas ocupan, inspirábale la compasión por todo lo viviente, en camino a la nada, al vacío sideral a donde se ahogan los mundos, a donde mueren los astros pulverizados.

Más aún lo afligía el pretexto evangélico de civilizar aprisa y violentamente, imponiendo una creencia, un código de costumbres,

una pauta de sentimientos, sin soportar la revuelta contra la inquisición del progreso. Ese era justamente el punto delicado de su misión: proteger y ayudar a los propagandistas religiosos que se entregaban a la cosecha de almas, en beneficio de su credo y de los intereses de la política. Cada vez que veía alejarse un misionero para los misteriosos parajes interiores de aquel imperio tan grande y tan viejo, temía no sólo por la vida del representante de su raza, por el cual aumentaba su cariño en la soledad del exilio, pero sentía también la inutilidad del esfuerzo individualmente heroico. La inmensa tortuga, base de la construcción teogónica de una de las antiguas religiones del imperio, sobre la que descansa el mundo, le parecía un símbolo de resistencia invencible, en cuya coraza se amortiguaba el ímpetu de una creencia nueva.

Alguna vez, conversando con el jefe de los misioneros, ese padre alto, musculoso, de cara grande y voluntariosa, ojos rasgados bien a flor de las órbitas, como empujados por la proyección de la mirada imperiosa a escudriñar prosélitos, manifestábase su impresión de duda en cuanto al resultado de la propaganda, y de recelo de la explosión de un fanatismo contra el otro. Pero el padre sonriendo de su idilio humanitario, no entendía la duda y, dominado por la preocupación de la utopía que se convierte en espíritu de secta, encarecía los triunfos cristianos desde un pasado remoto, olvidando la edad milenaria de las regiones nativas; declaraba que era necesario llamar nuevos apóstoles y aumentar la influencia de la misión nacional, vencer el prestigio de otros países, sin notar que el incentivo quimérico de la prédica degeneraba en rivalidad de iglesias, en naciones y aun en individuos. Dorios evitaba la discusión, observando la trama sutil de los preconceptos, de los móviles latentes e incoercibles, el mismo "automatismo del pensamiento y tétano de la voluntad", que producía las disensiones entre los apóstoles, determinaba choques entre las guardias de las legaciones, y la desconfianza recíproca entre los gobiernos, arrastrados al conflicto jurídico de la ocupación militar, y del respeto a la ficción de independencia de la grande nación del Oriente.

Las últimas instrucciones oficiales estimulaban su actividad en dilatar la influencia política de su patria, ayudar la penetración de los apóstoles, citando las ventajas alcanzadas por las demás naciones. No era aún suficiente lo que había obtenido, era necesario todavía más, siempre más, para no ser vencido por los aliados...

¿Cuál será el interés del gobierno? — indagaba dudoso. — Asegurar un mercado de consumo que pudiese compensar los males de la concurrencia de la misma Europa, obedeciendo a la "tendencia irresistible de expansión", impulso histórico que se manifestó tantas veces en rivalidades y guerras, casi en cruzadas? Pero el comercio no es la perturbación, no es la violencia; es la captación insinuante, determinada por las exigencias de la permuta que ofrece lo que uno no posee, por algo que otro desea o puede apro-

vechar. ¿No es esa la tradición de conducta mercantil que hizo al profeta Isaías llamar a los fenicios "mensajeros divinos", y justifica las lamentaciones de Ezequiel sobre la ruina de Tyro la hermosa? ¿Habría en esa política, bajo el estímulo comercial, el otro más íntimo y más místico del espíritu sectario? ¿Esa tara de fanatismo, tan humana, de querer imponer su idea y su sentimiento en la presunción de que son mejores y más perfectos? ¿Ese egoísmo disfrazado de amor a los otros hombres, que en todos los tiempos revela agresión tendiente a desarticular las civilizaciones, originando el odio entre las razas y justificando el "homo lupus" del filósofo desengañado? ¿Ese mismo vicio que entre los individuos se llama la lucha por la vida, y que la maldad o la incompetencia traducen en intrigas, hostilidad gratuita, cobardía y celadas, en vez del duelo franco de energías y capacidades? ¿Cuál es la verdadera religión, en ese conflicto de las principales que se combaten y de las sistemáticas que se desprecian, aunque se parezcan tanto en su construcción teológica, en su ley moral? ¿No tienen el mismo origen; la miseria humana a escudriñar atontada un consuelo y una protección, indicándose por la angustia del absoluto que es el secreto de todo el ideal? Además, en un país tan grande, adonde el Budismo, el Confucioísmo, el Taoísmo y el Mahometismo vivían de la tolerancia recíproca, de una casi indiferente y suave ironía, ¿qué podría ganar otra religión, al enfrentarse con una teodicea y una filosofía perfectamente construídas?...

Más grave le parecía la ilusión occidental de irritar y no persuadir, de pretender la unidad de cultura, la vulgaridad de un solo tipo social, cuando observaba el efecto negativo de esa experiencia nerviosa, que no tiene en cuenta las corrientes históricas que explican y modelan los varios períodos de evolución más o menos lenta, pero siempre convergente en favor del perfeccionamiento universal. Imaginaba la probabilidad de la interferencia del "Imperio de las Islas", más apto para influir en tierras mon-gólicas por la afinidad étnica, la vecindad geográfica, política y religiosa, capaz de iniciar la adaptación de los recursos industriales y militares, de perfeccionar la construcción jurídica, sin pérdida de las tradiciones esenciales, como lo había conseguido en su propio archipiélago, como tentaría hacer en el país "intermedio", que era su granero, ya una vez conquistado en lejana época por la reina divinizada, la heroica mujer que indicó a su pueblo el rumbo necesario de la expansión guerrera.

¿No habría ventaja en integrar el coloso asiático a la civilización moderna, como un elemento de la armonía universal, en lugar de considerarlo un peligro y decretar su destrucción? El desprecio por la raza oriental ¿no ocultaría la aprensión de una competencia industrial y mercantil? ¿Sería necesario que se cumpliera la venganza del Occidente, refluendo sobre el Asia en represalia a los aluviones bárbaros, en el período de la decadencia romana? ¿Será realmente definitiva esa fórmula de progreso: el

odio y el combate entre pueblos, la guerra de los mundos? ¿Ese impulso colectivo explica la ley de selección natural, o descubre el engaño de una depuración provocada? Dorios sabía que tales meditaciones no turbaban a sus colegas y temía que pudiesen ser adivinadas. Seguramente lo considerarían un ideólogo, un asceta intelectual que ignoraba la importancia del hecho, las combinaciones hábiles de la vida real. ¿De qué le serviría explicar el peligro de la embriaguez del acto, tan nociva cuanto el encanto visionario de la idea pura? ¿No sería perder la línea, la seriedad profesional, insinuar que el "pecorismo" es el secreto de la vulgarización y de la permanencia del error político? Conoció el sentir de sus compañeros de exilio, cuando en la última reunión para estudiar el efecto de la audacia de los bandos fanáticos, oyó el comentario fatalista de uno de los más antiguos residentes, comparando aquella tierra asiática a la galera de Molière:

— Ya estamos embarcados, decía: el puerto esfúmase a lo lejos en la línea del océano, al paso que hinchán por la proa las ondas hambrientas. Nos han mandado para "abrir la puerta", pero no será difícil que no podamos salir ni por la ventana.

La ironía del escéptico modificábase en la serenidad beata del otro colega, seco, anguloso, pareciendo construido moral y físicamente de un solo bloc, y que proponía amenazas a la corte y afirmaba la necesidad de asustar esa gente inferior, destinada a la muerte, en virtud de la ley de victoria para los más robustos y más civilizados.

— Ignoro si la galera del señor Molière era sólida—terminaba desconfiado con la citación risueña, — pero puedo garantizar que los buques de la escuadra de mi país, son los más fuertes de que tengo noticia.

Venció la idea de la reclamación a la corte, y Dorios comprendió el peligro que los rodeaba, cuando fué leída la contestación de la cancillería imperial, afirmando que el país se encontraba en plena paz y que las mismas guardias de las legaciones podrían certificar el respeto y el espíritu resignado y pacífico de la población.

*
* *

Meses después Dorios tuvo noticia de que un misionero de la legación más vecina se había perdido en el laberinto de las aldeas remotas, y más tarde el colega vino a decirle, que el apóstol fuera atacado en pleno campo y asesinado. Le indignó el crimen, y la conmiseración por la víctima produjo en su espíritu una irritación combatiente, un deseo de venganza que se mezclaba al criterio de que el delito reclama naturalmente un castigo. En presencia del hecho brutal, el instinto hereditario dominó la bondad adquirida, y sólo horas después la blandura del pensamiento habitual pudo calmar la revuelta íntima.

Considerado una rebeldía insoportable, una violación de pre-

rogativas sagradas, el atentado agitó el barrio de las legaciones, determinando aprestos bélicos, patrullas volantes en actividad constante, reunión del cuerpo diplomático para exigir satisfacción, indemnizaciones y riguroso castigo.

Dorios fué designado por unanimidad para conferenciar con el canciller y llevar hasta la presencia del emperador la reclamación de las poteicias. No le halagaba la misión, pues reconocía que, más a su calidad de ministro de una nación pequeña que a su propio mérito, debía la honra, y que su elección significaba tan sólo un expediente hábil para calmar susceptibilidades de primacía, para ocultar el celo recíproco y el temor de una influencia absorbente.

Libre de tales escrúpulos, vió claramente el peligro de la misión que lo señalaba como el director del avance extranjero; vislumbró las prevenciones, la ira sorda, la amenaza constante, pero en su espíritu claro y fuerte no fluctuó el miedo; el deber se presentaba concreto e ineludible; era necesario cumplirlo. La preocupación de ese deber inmediato, de ese objetivo tangible, produjo la serenidad mental característica de los hombres enérgicos, cuando la forma latente del acto se revela en la acumulación de fuerzas, período intermedio durante el cual el espíritu presiente la resistencia y la explosión de la voluntad. Desaparecía el conflicto del preconcepto que determinaba la acción, con el pensamiento elevado que descubría su artificio engañoso; la misma dificultad de la empresa originaba un querer más intenso, hasta llegar a la alucinación del sacrificio, que es el móvil del heroísmo.

Lydia no entendió esa tiranía de los convencionalismos sociales, adivinando su ternura todo el mal probable, alarmada con la responsabilidad de esa protesta solemne y amenazadora, que seguramente haría de su marido un sacrificio al odio, sino a la venganza. Era su amor que defendía, el dulce egoísmo de su felicidad no interrumpida; pero toda la seducción de ese amor asustado, las súplicas, el análisis sutil y elocuente de peligros y sinsabores, todo fué ineficaz contra el criterio heredado y cultivado de la dignidad y del valor. Por primera vez, entre aquellas almas enamoradas hubo una disonancia, vibraciones divergentes que les parecieran extrañas o enemigas. ¿Qué intensa amargura la de Lydia, al tener la percepción fulgurante de que el amor solo no basta, no domina ni absorbe todo! Sintió por instantes que una angustia insoportable emergía de adentro de su cerebro, de lo más hondo de su alma, a donde un vago instinto de servidumbre la atemorizaba delante del hombre a quien pertenecía; luego, al sentir los besos del esposo, besos suaves que rociaban sus cabellos, besos consoladores que tentaban contener sus lágrimas, comprendió cuánto lo debía afligir la oposición hostil de sus voluntades. La pena por el dolor de la persona amada le dió un valor raro, haciéndole casi olvidar la propia timidez para cuidar tan sólo el otro sufrimiento, con esa misericordia femenina que tiene necesidad de consolar, aún buscando eludir.

Cuando él volvió de la audiencia imperial, voces confusas zumbaban amenazadoras entre la multitud que lo acompañara al

palacio del soberano y ahora lo seguía menos humilde y más agitada, a pesar del piquete internacional, que bajo el pretexto de homenaje al emisario de las naciones lo rodeaba atento y dispuesto a la lucha. Desde ese día en adelante, bultos sospechosos rondaban, por la noche, cerca del edificio de la legación, situado al extremo de la zona neutral, medio oculto por la arboleda del jardín. De las misiones cristianas del interior llegaban noticias alarmantes: conventos búdicos hasta entonces desiertos, se poblaban o servían para asambleas misteriosas de "Bonzos" y "Mandarines"; "Muezines" y "Sunitas" pasaban de aldea en aldea, atareados, graves, en romera desconocida.

En esa tierra tan vasta adonde diversas religiones fraternizaban, la infiltración cristiana no podía completarse, y la intolerancia de la prédica despertaba el odio en los cultos nativos. No se sabía si el movimiento crecía del interior sobre la capital o irradiaba de ella para las apartadas comarcas de las ciudades poco conocidas, de las aldeas y de los campos sin límite, parajes ignotos que el extranjero sospecha invencibles y trágicos. La revuelta era casi siempre latente, sin expansiones, sin grita sediciosa, cual tempestad que se hiciese bajo la capa serena del océano, antes de romper en olas gigantescas. En las legaciones dominaba una impresión inquieta que el orgullo disimulaba, y el ministro que había citado a Molière aconsejaba indiferencia para no excitar esa turba cobarde de viejos marfiles automáticos. Limpiando el mohóculo, entornaba los ojos débiles de miope y concluía con serenidad simulada:

—¡Hum! están tirando las aldabas de la política en la "puerta abierta": si al menos tuviésemos siquiera sobre ruedas una navecita de la poderosa escuadra del colega...

Justamente esa noche Lydia acompañaba al marido hasta más tarde, porque había llegado el correo, y como de costumbre, la sabrosa lectura de las cartas de los parientes y amigos se hacía en común, ora uno leyendo en alta voz, ora repartiendo la tarea; tanta era la impaciencia de noticias de la patria lejana y la familia, de la cual estaban separados hacía largo tiempo. A medida que adelantaba la lectura, se cambiaban comentarios alegres o sentidos recuerdos. Las horas pasaban olvidadas y suaves.

De repente sonaron tiros; voces rápidas de mando se oían irritadas; un vidrio de la ventana estalló tristemente y un silbido corrió en el espacio, casi al mismo momento en que un oficial, empuñando la espada, abría la puerta con violencia, diciendo jadeante:

—Excelencia, han atacado la guardia; la multitud invadió el jardín y avanza; la guarnición retrocede tiroteando, para atrincherarse en el edificio principal.

Dorios irguióse rápido, y con una voz seca, metálica, voz que Lydia no conocía y que le pareció imperiosa y brutal, ordenó:

—Despierta a los niños; vístanse como para salir y agüardenme en el salón del fondo.

Y dirigiéndose al oficial:

—Cuatro hombres bajo su mando para custodiar la familia. Previenga al coronel que voy a su encuentro.

Cuando Lydia pasaba, aturdida, la tomó en sus brazos y sorbiéndole un beso en los labios gélidos, insistió:

—Apúrate, y hasta pronto.

Desarmado, pero sereno delante del peligro irremediable, avanzó hacia el sitio del combate. La guarnición se retiraba aprisa, batiéndose confusamente, dejando muertos y heridos. El vocerío de la multitud enemiga se oía cada vez más cerca. La presencia del ministro animó a los soldados, haciéndoles tentar una salida; y en el momento en que cedían, desesperados, en desorden, tirando siempre sobre la masa enorme, Dorios pareció tropezar, llevó las manos al corazón, dió unos pasos inciertos... y cayó muerto...



Montevideo, Mayo de 1918.

¡Muchachas! ¡Pruébenlo! Tengan una Cabellera Abundante, Bonita y Ondeada.

Toda partícula de caspa desaparece y el cabello no se cae más

Humedezca un paño y pásesele por el cabello, y duplicará su belleza al momento

Su cabello se pondrá ondeado, sedoso, abundante y se verá tan suave y lustroso como el de una niña, después de usar "Danderine, Purificador del Cabello". Pruebe esto: humedezca un paño en un poco de Danderine y pásesele cuidadosamente por el cabello, tomando un pequeño ramal cada vez. Esto le limpiará el cabello de polvo, suciedad y grasa excesiva, y en pocos minutos duplicará su belleza.

Además de embellecerlo al instante, Danderine destruye toda partícula de caspa, limpia, purifica y fortalece el cráneo,

evitando la picazón y la caída del cabello.

Lo que más le agradará será ver cómo, después de haberlo usado por varias semanas, le sale cabello nuevo, fino y suave, creciéndole por todo el cráneo. Si quiere usted tener el cabello bonito, suave, y, sobre todo, abundante, compre un frasco de Danderine de Knowlton en cualquier botica o almacén, y pruébelo.

¡Cuide su cabello! ¡Embellézcalo! Usted se convencerá de que éste ha sido el dinero mejor empleado.